

Del golpe de Estado a la recuperación militar de Malvinas: la lógica belicista de la dictadura argentina.

From the coup to the military recovery of Malvinas: the bellicose logic of the Argentine dictatorship.

EXEQUIEL SVETLIZA*
CONICET, Argentina
svetlizaexe@yahoo.com.ar

RESUMEN

La decisión de la tercera Junta Militar de recuperar las islas Malvinas en abril de 1982 se inserta en la continuidad de un relato histórico que había comenzado en 1833 con la usurpación británica del archipiélago. Sin embargo, para comprender los sucesos que derivaron en la única guerra de la que participó Argentina en el siglo XX es necesario analizar la lógica de la dictadura que había tomado el poder con el golpe de Estado de 1976. Este trabajo se propone interpretar la forma en que la dictadura concebía el ejercicio del poder y analizar de qué manera esa lógica se traduce en la decisión de recuperar las islas. La guerra de 1982 encuentra su correlato en la causa nacional de Malvinas, pero esta no parece ser más que una excusa para el desarrollo de la representación belicista de la política dictatorial.

Palabras clave: dictadura, golpe, Malvinas, guerra, poder.

ABSTRACT

The decision of the Third Military Junta to recover the Malvinas Islands in April 1982 is inserted in the continuum of a historical account that had begun in 1833 with the British occupation of the archipelago. However, in order to understand the events that led to the only war in which Argentina participated in the twentieth century, it is necessary to analyze the logic of the dictatorship that had seized power with the 1976 coup d'état. This paper intends to interpret the way in which the dictatorship conceived the exercise of power and to analyze how that logic translates into the decision to recover the islands. The war in 1982 finds its correlate in the national cause of Malvinas, but this seems to be nothing but an excuse for the development of the warlike representation of the dictatorial politics.

Keywords: Dictatorship - Coup - Malvinas - War - Power.

Recibido: 18/06/2017 Aceptado: 23/09/2017

* Becario postdoctoral del CONICET, Doctor en Letras por la Universidad Nacional de Córdoba. Docente de la cátedra Periodismo Universidad Nacional de Tucumán.

La última batalla sería el fin de la política, es decir, sólo la última batalla suspendería el ejercicio del poder como guerra continua.

Michel Foucault (1996, p. 25)

En la clásica obra de estrategia y táctica militar *De la guerra* (Von Clausewitz, 2004) el oficial prusiano definía en la primera mitad del siglo XIX¹ a la confrontación bélica como la continuidad de la política por otros medios: “Observamos, por ende, que la guerra no es sólo un acto político, sino un instrumento político real, una extensión de la actividad política, una perpetración de la misma por otros medios” (p. 31). La frase, aún más reconocida que la obra, revela que Clausewitz concebía a la guerra como subordinada a un objetivo político. Desde esta perspectiva, la fuerza bélica surge entonces una vez que la diplomacia no ha logrado sus propósitos y posee siempre un carácter eminentemente instrumental: es una herramienta política más; un medio diferente de alcanzar un fin político. En una escala amplia, sustrayéndonos de las particularidades de los combates y los enfrentamientos armados, el desarrollo de la violencia bélica depende de los designios de la esfera política que es donde se determinan las disputas y los acuerdos. Por su parte, en su conceptualización de la biopolítica, Michel Foucault (1996) invierte el postulado de Clausewitz para afirmar que la política es la continuación de la guerra por otros medios:

(...) las relaciones de poder que funcionan en una sociedad como la nuestra se injertan esencialmente en una relación de fuerzas establecida en un determinado momento, históricamente precisable, de la guerra. Y si es verdad que el poder político detiene la guerra, hace reinar o intenta hacer reinar una paz en la sociedad civil, no es para suspender los efectos de la guerra o para neutralizar el desequilibrio que se manifestó en la batalla final. El poder político, en esta hipótesis, tiene de hecho el papel de inscribir perpetuamente, a través de una especie de guerra silenciosa, la relación de fuerzas en las instituciones, en las desigualdades económicas, en el lenguaje, hasta en los cuerpos de unos y otros. Ese sería, entonces, el primer sentido que puede dársele a la inversión del aforismo de Clausewitz. (p. 24)

Foucault concibe así un estado de guerra permanente donde la guerra no es sólo el fundamento y el origen del poder, sino que encuentra –en tiempos de paz– su continuidad en las pugnas políticas que determinan las relaciones sociales. Todos los enfrentamientos y luchas por el poder que se producen en la esfera de lo político no serían entonces otra cosa que las distintas formas que adopta la lógica bélica; una forma de estructura social binaria signada por la confrontación constante de bandos opuestos:

La guerra es la que constituye el motor de las instituciones y del orden: la paz, hasta en sus mecanismos más ínfimos, hace sordamente la guerra. En otras palabras, detrás de la paz se debe saber ver la guerra; la guerra es la cifra misma de la paz. Estamos entonces en guerra los unos contra los otros: un frente de batalla atraviesa toda la sociedad, continua y permanentemente, poniendo a cada uno de nosotros en un campo o en otro. No existe un sujeto neutral. Somos necesariamente el adversario de alguien. (p. 47)

¹ La primera edición de la obra –el título original en alemán era *Vom Kriege*– fue publicada de manera póstuma por la esposa de Clausewitz en 1832. Se estima que la obra se encuentra incompleta, ya que el oficial murió antes de terminar de revisar sus manuscritos

Si una de las vías que encuentra el intelectual francés para analizar el discurso histórico del poder es la guerra, la otra es la de la represión²: “(...) el poder es esencialmente el que reprime; el poder reprime por naturaleza, a los instintos, a una clase, a individuos” (p. 24). Guerra y represión como dos formas de una lucha —una explícita y otra velada— que constituye la mecánica del poder dentro de una sociedad. Guerra y represión parecen, también, a simple vista, las nociones más adecuadas para caracterizar a la lógica de la dictadura militar que llevó adelante el conflicto bélico de 1982 contra Inglaterra por la soberanía de las islas Malvinas.

No deja de ser una casualidad histórica que Michael Foucault haya expuesto estas ideas en un curso del *Collège de France* que finalizó tan sólo una semana antes de que la primera Junta Militar asumiera por la fuerza el poder en Argentina, el 24 de marzo de 1976. Aunque está claro que Foucault venía trabajando con algunos de estos conceptos desde antes, como también el hecho de que la puesta en marcha de un aparato represivo en el país puede rastrearse desde 1973, con las acciones parapoliciales de la llamada Triple A (Alianza Anticomunista Argentina)³ o incluso antes. Con el golpe de Estado y las Fuerzas Armadas detentando el poder quedó definitivamente instaurada en la Argentina una etapa signada por la violencia política. Desde la perspectiva de la dictadura militar y su régimen discursivo, esa violencia fue una violencia esencialmente bélica. Los militares que sistematizaron la represión, los secuestros y los asesinatos clandestinos, justificaron sus acciones como acciones bélicas desarrolladas en el marco de la guerra que decían librar contra la subversión. Desde esa perspectiva, lo que justifica el golpe de Estado y lo que legitima la represión militar es la participación en esa guerra no convencional —por tratarse de una guerra nunca declarada formalmente y, principalmente, por la metodología empleada— que fue denominada como “guerra sucia”. Como ha destacado el periodista Horacio Verbitsky (2006) en su análisis de las características del gobierno militar, los militares que llevaron a cabo el golpe de Estado y la represión ilegal, concebían a la guerra antisubversiva que libraban en suelo argentino —y contra sus habitantes— como parte de una confrontación bélica a nivel planetario en contra del marxismo. Los propios integrantes de la cúpula militar se encargaron de explicitar ese posicionamiento que suponía la defensa de los valores occidentales, mientras buscaban justificar la metodología empleada para ganar esa tercera guerra mundial que creían estar peleando. De esa manera lo expuso el Comandante en Jefe del Ejército de la segunda Junta Militar, Roberto Viola:

El general que tuvo la máxima responsabilidad primero en la planificación y después en la ejecución de la estrategia de las Fuerzas Armadas admitió que para triunfar fue indispensable que el Estado desbordara los límites que una legislación insuficiente le imponía para librar una acción de real guerra con el plus de crueldad propio de las contiendas civiles. Añadió que “la nuestra ha sido una batalla en un sector remoto

2 Es necesario aclarar que para Foucault el concepto de represión, en este caso, no sería el más adecuado para analizar determinadas relaciones de poder dentro de la sociedad por ser una noción a la que concibe como viciada por su origen disciplinario. De ahí se desprende que prefiera hacer hincapié en la idea de guerra a lo largo de su exposición: “Aquí volvemos a encontrar la noción de represión, que creo que presenta un doble inconveniente en el uso que se hace de ella actualmente: por un lado, el de referirse oscuramente a una teoría de la soberanía que sería la de los derechos soberanos del individuo; por el otro, el de poner en juego un sistema de referencias psicológicas tomado en préstamo a las ciencias humanas, es decir, a los discursos y a las prácticas que pertenecen al dominio disciplinario. Creo que la noción de represión, por crítico que sea el uso que se quiere hacer de ella, es aún una noción jurídico-disciplinaria. La utilización en clave crítica de la noción de represión se encuentra de hecho viciada y condenada, desde el comienzo, por la doble referencia jurídica y disciplinaria a la soberanía y a la normalización que ella implica” (pp. 39-40)

3 Para un desarrollo minucioso de las características y el rol desempeñado por la Alianza Anticomunista Argentina (AAA) puede consultarse a Julieta Rostica (2011).

de un frente mucho mayor. El éxito logrado sólo habrá de consolidarse en forma definitiva cuando alcance el reconocimiento y la solidaridad de Occidente como un todo”. (Verbitsky, 2006, pp. 20-21)⁴

Conviene recordar que la validez de la denominación guerra -antisubversiva, sucia o cualquiera sea el adjetivo que se use para calificarla- para referirse al terrorismo de Estado desarrollado durante la última dictadura militar ha sido durante mucho tiempo motivo de un intenso debate en Argentina. Repasemos entonces los supuestos de esta definición. Si partimos del concepto de guerra que desarrolla el filósofo italiano Norberto Bobbio (1992), la guerra es: “a) un conflicto, b) entre grupos políticos respectivamente independientes o considerados tales, c) cuya solución se confía a la violencia organizada” (p. 162). Al tener en cuenta los elementos que conforman esta definición, puede resultar válido, en principio, encuadrar a la acción de las Fuerzas Armadas como parte de un enfrentamiento bélico contra las agrupaciones guerrilleras. Esta fue, de hecho, una concepción vigente incluso en los primeros años de la postdictadura; momento en que esta idea encontró su correlato en la denominada “teoría de los dos demonios”. Se trata entonces de una representación que, como advierte la investigadora Marina Franco (2014), si bien nunca fue formalizada teóricamente, gozó de una amplia circulación social en diversos discursos de ese período. A este relato –el del uso de la fuerza bélica en contra de otra fuerza de la misma índole- acudieron insistentemente los miembros de las Fuerzas Armadas para justificar los crímenes cometidos durante la dictadura, como se pudo advertir en 1985 durante el desarrollo del juicio a las Juntas Militares en la defensa que hicieron los integrantes de las cúpulas castrenses y sus abogados:

En los alegatos de los defensores y en la exposición final de los acusados se expusieron dos líneas de argumentación: una se amparaba en que las Fuerzas Armadas intervinieron a partir de decisiones surgidas del poder constitucional, antes de 1976, aunque dejaba sin explicar por qué para cumplir ese mandato consideraron necesario derrocar ese mismo poder. La otra insistía en el carácter particular de una guerra que sólo podía ganarse mediante los métodos empleados, es decir, al margen de la ley. Carlos Tavares, defensor de Videla, daba cuenta de las instrucciones recibidas del procesado, entre ellas, defender ‘la legitimidad de la guerra afrontada por las Fuerzas Armadas con motivo de la agresión subversiva terrorista’. (Vezzetti, 2007, p. 25)

Además, esa fue una representación que también estuvo presente por entonces en los organismos de Derechos Humanos, como había quedado cristalizado en el prólogo del informe final de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas (CONADEP) que se publicó como libro en 1984 con el título *Nunca más*:

Durante la década del setenta la Argentina fue convulsionada por un terror que provenía tanto desde la extrema derecha como de la extrema izquierda, fenómeno que ha ocurrido en muchos otros países. (...) No fue de esta manera en nuestro país: a los delitos de los terroristas, las Fuerzas Armadas respondieron con un terrorismo infinitamente peor que el combatido. (Citado en Franco, 2014, p. 47)

⁴ La cita de Roberto Viola pertenece a la conferencia La estrategia y el futuro nacional que el general dictó en la Universidad de Belgrano (Argentina) el 26 de octubre de 1979

Volviendo entonces a la cuestión de la legitimidad de esa representación del terrorismo de Estado como guerra, es necesario advertir que la definición de Bobbio (1992) no contempla el marco normativo que regula toda confrontación bélica. Estas disposiciones del Derecho Internacional Humanitario establecen los límites aceptables en el uso fuerza (*ius in bello*), a la vez que prescriben una serie de conductas que no son admisibles en el desarrollo de una guerra, por ejemplo, la tortura de prisioneros (prohibida por la Convención de Ginebra). Está claro que el accionar de las Fuerzas Armadas durante lo que ellos llamaron “guerra antisubversiva” –que incluyó en su repertorio no sólo la tortura, sino también la desaparición forzada de personas y la apropiación de bebés nacidos en cautiverio– se ubica al margen de todas esas disposiciones internacionales que encuadran a la guerra. Esta circunstancia no sólo fue admitida por los militares que llevaron a cabo el terrorismo de Estado, sino que ha quedado representada en el uso del adjetivo “sucio” para calificar a una confrontación armada que se concebía como “no convencional”. Por otra parte, si bien es cierto que existió la puesta en marcha de una violencia armada y organizada del lado de la guerrilla y el establecimiento de una violencia aún mayor para confrontarla del lado de las Fuerzas Armadas –el prólogo de *Nunca más* insiste en esa desproporción–, resulta innegable que la violencia represiva del Estado se utilizó, en mayor medida, en contra de civiles (los numerosos testimonios de estudiantes y obreros sobrevivientes de los centros clandestinos de detención que se recopilan en *Nunca más* son una muestra suficiente). Es decir que la acción bélica del Estado estuvo dirigida hacia personas que no eran parte de eso que Bobbio caracteriza como violencia organizada. Así como tampoco es acertado considerarlas como víctimas colaterales de un enfrentamiento bélico. Por lo tanto, ante estas circunstancias, resulta evidente que el Estado militar desarrolló un plan de exterminio sistemático y no una guerra como ha representado en su relato.

Queda en evidencia de esta manera la matriz violenta de un régimen militar que había abordado el poder del Estado por la fuerza para, desde ahí, desarrollar una guerra contra su enemigo ideológico. Sin embargo, esa pulsión bélica no se agotó en el exterminio de la guerrilla y la represión de la sociedad civil, sino que a esa confrontación armada irregular, no convencional, “sucio”, le siguió el frustrado intento de guerra con Chile en 1978 por el conflicto territorial del canal de Beagle y tuvo, finalmente, su corolario con la ocupación militar y posterior guerra por las islas Malvinas. En esa obsesión bélica, la forma de hacer la guerra mutó de la confrontación no-convencional al conflicto armado convencional. Además, lo que resulta curioso en esta progresión de la violencia armada es la variación de los enemigos elegidos para desatlarla: del enemigo interno-ideológico (la subversión, el marxismo), a un enemigo externo pero de ideología afín (la dictadura chilena), a un enemigo externo que era portador de aquellos valores occidentales que los militares argentinos defendían (capitalismo, imperialismo, colonialismo). Estas confrontaciones contradictorias y la continuidad de ese afán belicista a lo largo del tiempo no hacen más que develar el auténtico fundamento y lo que fue la única lógica para el régimen militar: la guerra.

Si el estado de guerra continua que propone Foucault se ajusta a la caracterización de la lógica del régimen militar, esto se debe a la incapacidad de la dictadura para actuar en la esfera política⁵; de ahí que se imponga la pulsión bélica

5 Horacio Verbitsky (2006) ha destacado las distintas divisiones internas entre las tres armas que integraban la Junta Militar: el Ejército, la Armada y la Fuerza Aérea. Esta falta de coordinación entre las fuerzas, no sólo sería determinante para la derrota bélica en Malvinas, sino que también caracterizó a la deficiente conducción política del gobierno militar: “El reparto de posiciones en función de los asentamientos territoriales de cada arma, la división feudal del país en señoríos impenetrables, la prioridad de

no como una mera continuidad de la acción política, sino como su propio fundamento. Resulta evidente que la recuperación de las islas se produjo en un contexto de crisis política. En aquel momento, el régimen militar debía afrontar las consecuencias sociales de lo que fue el terrorismo de Estado. Es cierto que la llamada guerra antisubversiva había contado con el apoyo –implícito pero también, en muchos casos, explícito– de distintos sectores de la sociedad como la iglesia católica, grandes grupos económicos, dirigentes sindicales y políticos. También con el asentimiento de aquellos ciudadanos que, atemorizados por la imperante violencia política de la época, habían confiado en las Fuerzas Armadas para restablecer el orden social. Sin embargo, el accionar represivo y su saldo de desaparecidos y presos políticos había hecho mella en toda la sociedad como advierte Verbitsky (2006):

Las formas terribles de la represión podrían haberse ejercitado con menor costo político contra una avanzada extranjera, pero no contra argentinos. Cincuenta mil presos, muertos o desaparecidos castigaron al tejido social con una monstruosa tumefacción que afectó a todas sus células. (p. 21)

Hay que tener en cuenta que un informe realizado por la Comisión Interamericana de Derechos Humanos ya había revelado para entonces que los militares habían ejecutado un plan sistemático cuya metodología incluía la desaparición forzada de personas y la tortura⁶. Esto implicaba que la sociedad ya no podía alegar el desconocimiento de los crímenes perpetrados por la dictadura. Además, en este período, se intensificó y se visibilizó en el país la persistente tarea que venían realizando distintas organizaciones de derechos humanos como las Madres de Plaza de Mayo, Abuelas de Plaza de Mayo y los Familiares de Detenidos y Desaparecidos por Razones Políticas, que reclamaban al gobierno militar por el paradero de alrededor de 30.000 desaparecidos. A esa presión nacional e internacional por la cuestión de los derechos humanos, se sumó la crisis que había legado el plan económico implementado por el ministro José Alfredo Martínez de Hoz en 1976. En consecuencia, la tercera Junta Militar –integrada por el comandante del Ejército Leopoldo Fortunato Galtieri, quien ejercía la presidencia de la nación, el almirante Jorge Isaac Anaya y el brigadier general de la Fuerza Aérea Basilio Lami Dozo– que había asumido el poder el 22 de diciembre de 1981, tuvo que gobernar en un contexto de recesión económica y creciente inflación⁷.

La crisis política y económica tuvo su manifestación más cabal el 30 de marzo de 1982 –apenas tres días antes de la recuperación militar del archipiélago– con una masiva manifestación convocada por la Confederación General del Trabajo (CGT) y apoyada por la mayoría de los partidos políticos que entonces se encontraban en veda. El lema de la movilización fue “Pan y Trabajo”, aunque podemos suponer que el reclamo implícito apelaba a la necesidad de restablecer la democracia. Ese día, alrededor de 15.000 personas se manifestaron en la Plaza de

las razones militares sobre las políticas en el proceso decisorio, revelan el compromiso estructural de las tres fuerzas en el gobierno así como su incapacidad para alcanzar acuerdos mínimos que, más allá del combate contra la guerrilla, permitieran una forma de conducción conjunta, más centralizada y funcional” (p. 41). El subrayado me pertenece.

⁶ El informe de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos dependiente de la Organización de los Estados Americanos (OEA) fue difundido el 18 de abril de 1980 y denunciaba graves violaciones a los derechos humanos cometidos en la Argentina entre 1975 y 1979.

⁷ Los distintos índices económicos daban cuenta de la crisis en que se encontraba el país: Los salarios de la industria eran un 25% menores al promedio de los años 1970-1975, el salario mínimo solo cubría el 21% del costo de la canasta familiar, la tasa de desempleo alcanzaba el 10,3 % del total de la población económicamente activa, el endeudamiento público ascendía a 14.610 millones de dólares (Verbitsky, 2006, pp. 124-125).

Mayo, donde, siguiendo la lógica imperante durante todo el régimen militar, fueron reprimidas por las fuerzas policiales y más de cien terminaron detenidas. En la provincia de Mendoza, la policía abrió fuego contra las columnas de manifestantes y mató al obrero José Ortiz. Este contexto de crisis y malestar social pareció revertirse de forma rotunda el 2 de abril con la noticia de la recuperación de las islas, ya que la restitución del archipiélago fue recibida por los argentinos en un clima de fervor. En consecuencia, una multitud colmó, otra vez, la plaza. Los analistas coinciden en que no existe un correlato causal entre la articulación de una protesta masiva en contra de la dictadura –por primera vez a lo largo de todo el régimen militar– y la decisión de la tercera Junta Militar de recuperar las islas, ya que el plan de ocupación se venía gestando con anterioridad⁸. Sin embargo, el contraste entre ambas plazas repletas - una en contra del régimen militar y la otra en apoyo a la recuperación de Malvinas que el mismo régimen había emprendido⁹– no hace más que evidenciar los presupuestos a partir de los cuales operó la lógica de la dictadura: si la guerra sucia había dividido y aterrorizado a la sociedad, ahora era necesario una acción que unificara a los argentinos. La única manera de borrar los estigmas sociales que había generado la guerra antisubversiva era apelar al lenguaje común de la nación y a la causa que mejor parece representarlo: Malvinas. En consecuencia, si la dictadura buscaba una salida política que les permitiera a los militares continuar en el poder y así evitar el juzgamiento por los crímenes cometidos durante el terrorismo de Estado, no había un terreno más firme que el de una causa que se había representado históricamente como nacional y popular desde la usurpación británica de las islas en 1833¹⁰. El historiador Vicente Palermo (2007) ha destacado el excepcional poder de unanimismo que encarna la causa Malvinas:

Y las islas pueden articular en su causa toda la rica variedad de nacionalismos, realizando así la proeza de encarnar a la perfección el nacionalismo de los argentinos como uno solo, autopostulado como el único posible y la única forma de identidad nacional concebible. Así entendida, la causa Malvinas es única, porque no sólo es extremadamente significativa para todos, sino también y principalmente, porque tiene el poder temible de hacernos creer que posee casi los mismos significados para todos (p. 22).

El Estado militar había explotado con éxito ese unanimismo de la causa Malvinas en lo que pretendió ser una acción política, pero que no tardó demasiado en traducirse en una acción bélica. Los que han estudiado el desarrollo de la guerra coinciden en que el gobierno militar no preveía un enfrentamiento bélico con

8 La operación de recuperación de las islas Malvinas respondía a un viejo anhelo de los militares argentinos y había comenzado a planificarse a mediados de diciembre de 1981, según establecen los principales analistas de la cuestión como Oscar Raúl Cardoso, Ricardo Kirschbaum y Eduardo Van Der Kooy (1983); Rosana Guber (2001); Federico Lorenz (2014); entre otros.

9 Como destaca un análisis realizado por Guillermo Levy (2012), no se ha podido comprobar que haya sido la misma gente la que participó de ambas manifestaciones. Sin embargo, esa imagen de ambas plazas ha sido utilizada por distintos discursos –incluidos el histórico y el académico– de una manera excesivamente simplista para representar una especie de bipolaridad de las convicciones políticas de los argentinos: “Las dos plazas, entonces, perdieron su entidad, su mensaje o sus múltiples mensajes. Perdieron su anclaje histórico y se convirtieron en postales de un relato descalificador de la politicidad de una sociedad que supuestamente no tiene convicciones y que cambia su posición de crítica a la dictadura a un fervor incondicional, a partir del uso de sentimientos muy arraigados históricamente” (p. 97). En nuestro caso, apelamos al contraste entre ambas plazas para demostrar la efectividad con que el régimen militar se valió de la causa Malvinas para intentar revertir su imagen en un contexto social sumamente desfavorable. Esto no implica dar por sentado que el disenso de muchos sectores sociales hacia la dictadura se haya transformado, de manera espontánea, en un amplio consenso. Sin dudas, la noticia de la recuperación de Malvinas y la acción psicológica que el régimen militar desarrolló durante la guerra sobre la población tendieron a invisibilizar esas confrontaciones internas.

10 Sobre la usurpación británica de las islas Malvinas y los antecedentes históricos de la disputa entre Argentina e Inglaterra por la soberanía del archipiélago pueden consultarse las obras de Paul Groussac (1936) y de Andrés Cisneros y Carlos Escudé (1998).

Gran Bretaña por las islas. El plan consistía en una operación incruenta –en el desembarco se produjo una sola baja y del lado argentino, la del capitán Pedro Giachino– para ocupar el archipiélago y así llamar la atención de la comunidad internacional y obligar al gobierno de Gran Bretaña a negociar la cuestión de la soberanía de Malvinas. Esto quiere decir que, aun cuando la ocupación se hubiese logrado por medio de las armas, la dictadura apelaba a que el conflicto se resolviera en la esfera de lo político y no de lo bélico. De esta manera, los militares argentinos operaban según la inversión del postulado de Clausewitz: primero, recuperamos las islas por las armas; luego, negociamos con el enemigo. Ante la incapacidad del régimen militar para pensar en términos políticos, el resultado no podría ser otro que una guerra¹¹. En efecto, una serie de presupuestos erróneos –entre los cuales pueden destacarse: la falta de previsión de una respuesta militar británica y la suposición de que Estados Unidos asumiría una postura neutral– en la estrategia de los militares argentinos, puso en evidencia su ingenuidad para analizar el contexto internacional. En esa concepción del poder donde primaba la pulsión belicista, toda operación diplomática parecía condenada de antemano al fracaso. La dictadura se vio entonces acorralada por su propia lógica; una lógica bélica que tenía a la guerra no sólo como principal fundamento, sino como único campo de acción¹². Es en este sentido que pueden interpretarse las palabras de Foucault (1996) del epígrafe: sólo con la última batalla se terminaría el ejercicio del poder como una guerra continúa. Para el régimen militar, esa última batalla se peleó en Malvinas y su derrota supuso el fin de toda acción política.

La historia clásica consigna que en el año 280 A.C, tras haber derrotado con su ejército de soldados y elefantes a los romanos en la batalla de Heraclea, Pirro, el rey de Epiro, al ver el saldo que había dejado la contienda en su tropa, dijo: “Si consigo otra victoria como ésta, estoy perdido”. Es de ahí que se utilice la expresión victoria pírrica para referirse a aquellos triunfos obtenidos con un costo muy elevado para el vencedor, incluso con más daño que el provocado en el vencido. Aun cuando el relato del régimen militar insista en transfigurar el terrorismo de Estado en una guerra ganada a la subversión, esta no podría ser sino una victoria de este tipo; una victoria pírrica. Desde ya que no desde el punto de vista bélico –la guerra sucia constituyó un exterminio del enemigo–, pero sí desde una perspectiva política. La filósofa Hannah Arendt (2006) entendía al poder como una forma de consenso:

Poder corresponde a la capacidad humana, no simplemente para actuar, sino para actuar concertadamente. El poder nunca es propiedad de un

11 La minuciosa investigación que realizaron tres periodistas argentinos a partir del estudio de una serie de documentos oficiales (Cardoso, Ricardo Kirschbaum y Eduardo Van Der Kooy, 1983), nos revela cuál fue la lógica de los altos mandos militares que impulsaron la ocupación de Malvinas y nos permite afirmar que el desarrollo de un conflicto bélico internacional no se encontraba previsto: “Si Gran Bretaña reaccionara ante el desembarco, lo haría en una forma destinada a forzar la negociación. Por lo tanto, sólo enviaría una pequeña fuerza simbólica. Frente a esa eventualidad se preveía dejar en Malvinas un ‘componente militar, aéreo y marítimo’ no superior a los 700 hombres al mando de un coronel. Esa guarnición argentina serviría como presencia ‘disuasiva’ para evitar un intento de recuperación por parte de la Royal Navy. La deducción era lineal y simple, tan simple que, después se probó, fue una auténtica ingenuidad. Partía del supuesto de una debilidad notoria del gobierno de Margaret Thatcher, sacudido por una crisis económico-social importante. La flota inglesa estaba camino a la liquidación comercial para ceder su lugar a los submarinos nucleares Trident. ¿Qué es lo que podrían enviar a Malvinas, a 14 mil millas de Londres? Sólo una fuerza chica” (pp. 69-70).

12 Muchos de los que han estudiado las circunstancias particulares que determinaron el desarrollo de la guerra de Malvinas han coincidido en remarcar que, por un lado, la intransigencia de Margaret Thatcher al frente del gobierno británico y, por otro, el apoyo popular que había recibido la recuperación de las islas en la Argentina, hicieron que la guerra se tornara irreversible para ambos gobiernos en su afán de resolver sus respectivos conflictos internos. Como establece Rosana Guber (2001): “Arrinconada entre Thatcher y su propia necesidad de realzar la imagen política, por un lado, y el respaldo popular por el otro, la junta terminó resolviendo el dilema no sólo en el terreno que le era más familiar, el militar, sino también apelando al idioma donde podía recrear un ideal de nación largamente esperado.” (p. 29).

individuo; pertenece a un grupo y sigue existiendo mientras que el grupo se mantenga unido. Cuando decimos de alguien que está ‘en el poder’ nos referimos realmente a que tiene un poder de cierto número de personas para actuar en su nombre. En el momento en el que el grupo, del que el poder se ha originado (potestad in populo, sin un pueblo o grupo no hay poder) desaparece, ‘su poder’ también desaparece. (p. 60)

A comienzos de la década del ochenta, el Estado militar había perdido el grado de consenso social que le había permitido llevar a cabo la llamada guerra antisubversiva. En consecuencia, la forma en que la dictadura desató su fuerza bélica contra un enemigo interno deslegitimó su poder. Arendt insiste, justamente, en que la violencia socava toda construcción de poder y termina por destruirlo: “El poder y la violencia son opuestos; donde uno domina absolutamente falta el otro. La violencia aparece donde el poder está en peligro pero, confiada a su propio impulso, acaba por hacer desaparecer al poder” (p. 77). De esta manera, la recuperación de las islas puede interpretarse como el intento del régimen militar por legitimar su poder a partir del consenso que suscita la causa Malvinas. Para ello, se vale del relato histórico que configura a la causa como un despojo que requiere ser reparado. Las Fuerzas Armadas se autoerigieron como intérpretes del “profundo sentir del pueblo argentino”, según las palabras de Leopoldo Galtieri (1982)¹³.

A la vez que se apropiaba del relato de la causa, la Junta Militar buscaba inscribir su acción en un relato aún mayor al representarse como parte de la genealogía de los grandes héroes militares de la patria –principalmente José de San Martín y Manuel Belgrano-, es decir, como protagonistas del gran relato de la nación. Sin embargo, la derrota bélica en Malvinas no sólo dejaría trunco ese relato, sino que determinaría el fin del Estado militar y de su lógica belicista.

13 “(...) los fundamentos que avalan una resolución plenamente asumida por los comandantes en jefe de las Fuerzas Armadas, que interpretaron así el profundo sentir del pueblo argentino”, fragmento del discurso pronunciado por Leopoldo Fortunato Galtieri el 2 de abril de 1982 en el balcón de la Casa Rosada anunciando la recuperación de las islas Malvinas. Reproducido en la edición del diario Clarín del 3 de abril de 1982. El subrayado me pertenece.

Referencias bibliográficas

- Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas (CONADEP). (1984). *Nunca más. Informe de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas*. Buenos Aires: EUDEBA.
- Arendt, H. (2006). *Sobre la violencia*. Madrid: Alianza Editorial.
- Bobbio, N. (1992). *El problema de la guerra y las vías de la paz*. Barcelona: Gedisa.
- Cardoso, O., Kirschbaum, R., y Van Der Kooy, E. (1983). *Malvinas la trama secreta*. Buenos Aires: Planeta.
- Cisneros, A., y Escudé, C. (Dir.). (1998). *Historia general de las relaciones exteriores de la República Argentina (Tomo III)*. Buenos Aires. Obtenido de: <http://www.argentina-rree.com/3/3-039.htm>
- Foucault, M. (1996). *Genealogía del racismo*. La Plata: Caronte Ensayos.
- Franco, M. (2014). La “teoría de los dos demonios”: un símbolo de la postdictadura en Argentina. *A Contracorriente*, volumen 11, número 2, pp. 22-52.
- Groussac, P. (1936). *Las islas Malvinas*. Buenos Aires: Comisión Protectora de Bibliotecas Populares.
- Guber, R. (2001). *¿Por qué Malvinas? De la causa nacional a la guerra absurda*. Buenos Aires: FCE.
- Levy, G. (2012). La metáfora de las dos plazas y la “desmalvinización”. *Ciencias Sociales* (80), pp. 94-99.
- Lorenz, F. (2014). *Todo lo que necesitás saber sobre Malvinas*. Buenos Aires: Paidós.
- Palermo, V. (2007). *Sal en las heridas. Las Malvinas en la cultura argentina contemporánea*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Rostica, J. (2011). Apuntes sobre la Triple A. *Argentina 1973-1976, Desafío* (23), Bogotá, pp. 21-51.
- Verbitsky, H. (2006). *La última batalla de la tercera guerra mundial*. Buenos Aires: La página.
- Vezzetti, H. (2007). Conflictos de la memoria en la Argentina. Un estudio histórico de la memoria social. En Pérotin-Dumon, A. (Dir.). *Historizar el pasado en América Latina*. Buenos Aires. Obtenido de: http://www.historizarelpasadovivo.cl/es_resultado_textos.php?categoria=Argentina%3A+el+tiempo+largo+de+la+violencia+pol%EDtica&titulo=Conflictos+de+la+memoria+en+la+Argentina.+Un+estudio+hist%F3rico+de+la+memoria+social#1
- Von Clausewitz, K. (2004). *De la guerra*. Buenos Aires: Ediciones Libertador .

